

Presentación del libro 'La Tribuna de los Pobres' de Mariët Meester en Periana

El sábado 16 de febrero disfrutamos de la presencia de Mariët Meester, escritora holandesa, que el año 1985 pasó una temporada del invierno con su marido, Jaap de Ruig, entonces novio, en Periana. Nos presentó su libro, traducido del holandés por Ediciones del Genal, en el que dedica muchas páginas a su recorrido por Andalucía y a su estancia en Periana, antes de viajar a Málaga para ver las Semana Santa malagueña, que da origen al título de su obra. Tanto su estancia en Periana como su vivencia de la Semana Santa quedaron grabadas en sus vidas.

Texto de la charla de Mariët Meester

Hola, amigos, me siento muy, muy honrada de haber sido invitada a Periana.

Hace mucho tiempo, en el año mil noveciento ochenta y cinco, mi novio Jaap, quien se llama aquí 'Jaime', y yo éramos muy jóvenes. Hoy mi sobrina Iris está con nosotros, la hija de mi hermano, la chica rubia. En el año mil noveciento ochenta y cinco, Jaap y yo éramos unos años mayores que ella ahora. En la segunda página de mi libro escribo:



Mariët Meester, la autora del libro

"Nosotros: unos holandeses altos de veintisiete y veintiocho años con cuatro maletas desgastadas. En ellas había ropa, sacos de dormir, una máquina de escribir y material de fotografía, entre ellos recipientes, líquidos y hasta un aparato de aumento. Era noviembre de 1985, la segunda vez que estábamos en España y, desde luego, no teníamos planes de marcharnos pronto. Aunque nuestras posibilidades financieras eran limitadas, esperábamos poder quedarnos unos siete u ocho meses. Hacía año y medio, en 1983, habíamos pasado exactamente dos noches y un día en Barcelona. Después de aquella breve estancia había

escrito en mi cuadernillo de notas que me gustaría volver a España por más tiempo, preferiblemente para profundizar en algún tema. Qué tema debía ser y cómo lo iba a enfocar, ni idea, porque para ello necesitaba conocer más el país.

...Al principio pensamos que nos gustaría estar en Granada, pero hacía bastante frío allí y tomamos un autobús hacia el sur. En varios pueblos buscamos un lugar para quedarnos, pero todo era demasiado caro. Estábamos algo desesperados. En cierto momento, llegamos a Vélez de Benaudalla y nos encontramos con un pastor de cabras". (pag. 18)

Cuando llegó la noche aún no sabíamos dónde íbamos a dormir. Preguntamos al pastor si nos dejaba pasar la noche en su establo con los animales. Sin embargo, nos llevó a un solar vallado de una vivienda en construcción y nos llevó colchones y mantas, de modo que dormimos esa noche como reyes, rodeados por un silencio absoluto y el aire más puro imaginable.

Después de más experiencias, al final tuvimos mucha suerte. Leeré dos páginas del libro. (pag. 19/20)

"En la ciudad de Vélez-Málaga cambiamos al autobús que nos llevaría a un pueblo del interior cuyo nombre nos gustó, Periana, en la provincia de Málaga. Llegamos allí a las ocho y media de la noche. Ya había anochecido; la gente en la calle caminaba tiritando, quejándose de cuánto frío hacía. Un hombre joven, que había viajado en el mismo autobús que nosotros, nos preguntó si estábamos seguros de que este era nuestro destino. Nos llevó a la pensión del pueblo, donde no había ninguna habitación libre.

«Espera», gesticuló, y esperamos.

Media hora más tarde nos encontramos en el aula de una escuela donde podíamos acoplarnos en el suelo de piedra entre las mesas y las sillas. No fue una noche como en la vivienda en construcción, pero todo llega a su fin y al día siguiente el joven llegó pronto para recogerlos. Mencionaba varias veces a una tal

María Victoria y también hablaba del alcalde. Nos aconsejó que fuéramos al ayuntamiento y nos indicó con gestos cómo llegar.

Después de haberse marchado para ir a trabajar en los campos de olivos —eso lo habíamos entendido gracias a nuestros diccionarios—, nos refugiamos primero en un bar. (...) Sobre las diez nos dirigimos al ayuntamiento según las instrucciones recibidas. Sin embargo, el alcalde no se dejó ver; desde el ayuntamiento nos enviaron a una callecita cercana, donde una mujer joven abrió la puerta: era María Victoria, de la que ya nos habían hablado. Era menuda y fina, guapa como una modelo. Le explicamos lo mejor que pudimos que estábamos buscando alojamiento y que nos habían remitido a ella. Se rió; ya sabía del tema. Era concejala, la primera concejala femenina del pueblo, y su marido daba clases a adultos analfabetos. Gracias a él habíamos podido dormir en aquella aula de escuela”.

Ahora me salto unos párrafos de lo que pasó por la tarde. Por la noche volvimos a ver a María Victoria.

“Cuando ya se había hecho de noche nos llevó a una casita al final del pueblo, en la calle Iglesia, cerca de la iglesia del pueblo. Tenía dos plantas y era la última casa de una hilera. Como no había luz, apenas pudimos ver las habitaciones. De vuelta en el pueblo,



Jaap y Mariët, tomando el café en la mesa camilla



Cocinando en el brasero, noviembre-diciembre de 1985. Foto de Jaap de Ruig

(...) María Victoria me entregó de pronto una llave que acepté confusa. ¿Era la llave de la casa que acabábamos de visitar? No podía ser verdad.

—Sí, sí —dijo María Victoria.
¡Era verdad!

Nuestra estancia en Periana fue el comienzo de nuestra aventura española, en Periana conocimos Andalucía por primera vez. Estábamos encantados de poder vivir aquí, totalmente gratis. El ayuntamiento nos dio un contrato por tres meses. Los dos éramos artistas en ese momento, licenciados en la Academia de Bellas Artes, pero también acabábamos de comenzar a escribir artículos e ilustrarlos con dibujos e ilustraciones. Aunque no fue fácil, logramos vivir de eso. Prometí al ayuntamiento y a María Victoria escribir artículos sobre el pueblo, lo que realmente

hice. Todavía no había extranjeros en el pueblo, nadie estaba acostumbrado a ver extranjeros, pero en el campo vivía un francés, que nos había allanado un poco el camino. Aunque los tiempos modernos estaban llegando, Periana era una Periana con burros, mulos y mulas. El corazón del pueblo era la fuente, donde fuimos a buscar agua fresca para beber.

No había lujo en nuestra casa. Como no teníamos luz, hacía bastante frío. Solo había una cama para una persona que teníamos que compartir”. En el libro escribo: (pag. 22)

“La vivienda tenía mucho polvo, tuve que fregar algunas partes varias veces. En el piso de arriba despejé una habitación que quería convertir en mi despacho. En el techo había una grieta irregular de al menos dos metros. Si sacaba la cabeza por la ventana podía ver el Mediterráneo. Eso no era muy difícil, porque no había cristal en la ventana”.

Y también escribo: (27 + 29)

“Podía hacer frío en Periana, mucho frío. Esos días algunas mujeres salían a la calle en una bata que se habían puesto encima de la ropa, pero casi nadie llevaba un abrigo. Oía que la gente hablaba mucho del frío, pero probablemente el hecho de ponerse un abrigo implicase aceptación. Nosotros sí llevábamos uno, también dentro de la casa: nuestra nueva vivienda no era precisamente un sitio adecuado para entrar en ca-

lor, eso lo conseguíamos caminando.

La cama individual me procuraba noches llenas de sueños angustiosos. Como también faltaba un hornillo, me sentía a veces algo derrengada, pero no podíamos permitirnos comer en la calle. Acostumbrada a buscar soluciones gratuitas para los problemas prácticos, me había ingeniado un tendedero: ponía a secar nuestra ropa lavada en una antena de televisión vieja que había encontrado en el piso superior y que había instalado ahora en el jardín del patio trasero, un pequeño terreno amurallado lleno de escombros y otros desechos.

Aunque casi no hablamos español, queríamos aprenderlo. Por la tarde y por la noche estudiamos libros de idiomas. Usamos velas para tener luz. No teníamos idea de que esas velas, en una cubierta de plástico roja, eran velas para usar en la iglesia o en el cementerio. También fuimos a la biblioteca pública, donde el bibliotecario fue de gran ayuda y nos dio libros para niños. Lentamente, pero de manera constante, llegamos a saber un poco más de español. Se instaló electricidad en la casa y también hicimos amigos. Una persona muy importante para nosotros fue el señor Rafael". (pag. 25)



En el Horno de los Serenos, con Anita, Rafael y Conchita. Foto de Jaap de Ruig

Periana también poseía un buen número de panaderos, que cocían todos el mismo tipo de pan, un pan redondo blanco que se vendía por kilo, consistente y rico. Los vecinos del pueblo lo transportaban en una

bolsa de tela de algodón. En la panadería, adonde al poco tiempo prefería ir siempre, podías contemplar a distancia cómo hacía el pan un panadero sombrío, de edad avanzada, que era soltero pero que, no obstante, tenía hijos: sus panes que cuidaba como un padre. Para cada cliente elegía uno en especial. Levantaba un trapo azul, miraba mucho tiempo debajo y elegía concienzudamente el ejemplar más apropiado. Me enseñó su horno, que estaba detrás de la tienda, un agujero profundo que parecía una cueva con una puertecita de metal en la parte delantera. Primero tuvo que ajustar una lámpara para que la luz pudiera iluminar el horno; después vi unas veinte tortas de aceite planas. Encendía el horno con cáscaras de almendras y con una larga pala de madera metía la masa dentro.

Después de tres meses salimos del pueblo y nos sentimos muy tristes. El siguiente capítulo comienza así: 'Con una sensación de nostalgia y de soledad indefinida intentamos establecernos en otro lugar en Andalucía.' Pensamos: ¿a dónde ir ahora? Terminamos en Sevilla. En el libro escribo: (pag. 47)

"Después de Periana, Sevilla me parecía enorme y muy transitada. En busca de un poco de paz y tranquilidad, visitamos una exposición de objetos de arte relacionados con la Semana Santa. En la sala de exposición sonaba música religiosa, grave, parecida a marchas militares, y en cada esquina había incensarios humeantes. (...) Esta exposición era un conjunto realista, dramático, con mucho derramamiento de sangre. Paseándome por la sala y contemplando las imágenes, me daba la impresión de que había entrado en un mundo totalmente nuevo, un mundo que existía paralelamente al mío, pero que desconocía por completo.

Inmediatamente me fui a la biblioteca pública de Sevilla para leer sobre la Semana Santa, con la ayuda de mi diccionario. Aprendí sobre pasos, costaleros, nazarenos y todo esto. Luego comenzó la Semana Santa, quería ver todo. Escribí mis observaciones en un pequeño cuaderno. Tenía la sensación de que había encontrado un fenómeno muy interesante y al mismo tiempo extraño y surrealista".

Al año siguiente, en mil novecientos ochenta y siete, Jaime y yo volvimos a Andalucía. Nuestro plan era hacer una caminata con un burro de Sevilla a Granada. En el libro escribo (74):

"Si queríamos llevar a cabo nuestro proyecto, era lógico que necesitáramos primero el burro. Para ello fuimos a ver a los gitanos que vivían a lo largo del Guadalquivir en sus casas autoconstruidas. Al entrar en el

barrio, fuimos rodeados de inmediato por hombres, muchachos y chiquillos. No ocurría con frecuencia que extraños se atrevieran a asomarse a su terreno. Muchos de ellos poseían un burro, todos estaban dispuestos a vender el suyo por poco dinero. Algunos de los burros estaban en mal estado. no pudimos decidir. Un par de días después volvimos y compramos una burra. Voy a leer varias paginas sobre nuestra caminata.



Periana celebra la entrada en la CEE. 1986. Foto Jaap de Ruig

“Siempre nos encontrábamos más a gusto con animales que sin ellos, con tal de que fueran animales que trabajasen para nosotros y que no comiesen carne. Una burra debía tirar de algo o llevar una carga y eso es lo que hizo nuestra Juanita, Guapa, Macarena, Cuca, Mariposa, Esperanza, Alegría o Platera; aún no habíamos podido decidir su nombre. Tenía un carácter perfecto; no era tonta ni testaruda. A veces nos sorprendíamos a nosotros mismos contemplando a la burra como dos enamorados de ella.

Cuando salimos los tres de Dos Hermanas, pasamos primero por unas casas que recordaban a las casas de Periana. El camino se iba estrechando, hasta convertirse solo en piedras, arena anaranjada y escombros: nos encontramos en el barrio de los gitanos de la ciudad. Un hormiguero de gente. Mujeres apuestas que hacían la colada sobre una tabla en una palan-gana, o que estaban guisando algo; niños desnudos, hombres masticando una paja; cinco de ellos querían comprar la burra. Donde terminaba el barrio y empezaba el terreno desierto y ondulante, se nos acercó una monja con su hábito religioso, que, en su condición de autoproclamada salvadora, pensó que nos habíamos perdido.

—¡Qué va!, nada de eso, vamos caminando a Granada.

—Son peregrinos —dijo ella a los habitantes del barrio.

Durante los días siguientes, caminamos a un ritmo tranquilo con nuestra burra en dirección a la pequeña ciudad de Utrera. Pasamos por fincas que se asemejaban a castillos enormes, todos con su propia iglesia. Durante el camino nos encontramos con pastores y con alguien que parecía un pastor, pero cuyas cabras resultaron ser doce galgos que utilizaba para la caza ilegal de conejos y liebres. Una noche un guardabos-

ques de uniforme nos tomó a nosotros también por cazadores de conejos.

La gente con que nos encontramos durante el camino siempre quería asustarnos. Según ellos, los alrededores estaban plagados de criminales. Por lo tanto, dormíamos mal. Jaap con un cuchillo junto a la cabeza. ¿Sería quizás uno de los últimos años de la historia de España que un viaje a pie con una burra aún fuera posible? La propia burra no se preocupaba de nada. Ya tenía un nombre definitivo: se llamaba Sevillana, al igual que aquel hermoso baile que habíamos visto bailar un año antes en la feria.

Yendo por los senderos a Utrera, todos los árboles estaban en flor. Cogíamos ajo silvestre. También nos divertíamos inventando coplas de cuatro versos durante el camino. ‘Jaap es mi gran amigo / Quiero siempre viajar contigo / Eres pobre y sencillo / Pero eres mi dulce gitanillo’. Seguramente el español no era perfecto, pero era un buen ejercicio. Para nuestra compañera de viaje inventamos juntos la siguiente copla, aunque no rimaba y tendría fallos también: ‘Sevillana se llama mi burra / Mi compañera de viaje / Que lleva todas mis cosas / Qué puedo hacer sin ti’. Y después seguía la copla para nuestra nueva amiga; ahora sí rimaba más o menos: ‘Sevillana es mi ama / Viene cuando se la llama / caminamos juntos por el país / no hemos perdido nuestra raíz’.”

Puede que hayan notado que, incluso en este fragmento, mencioné a Periana. Después de nuestra estancia en este pueblo, Periana se convirtió en un referente para nosotros, un lugar con el que comparamos todo. Conté cuántas veces la palabra Periana

está en mi libro: ¡ochenta y seis veces! Y podría haber sido más a menudo. Cuando viajamos con Sevillana, también visitamos a Periana con ella. Fue en el mes de mayo, así que pudimos celebrar la fiesta de San Isidro. Incluí eso en la primera versión del libro, pero se volvió demasiado complicado. Mi editora propuso omitirlo y yo acepté, y esa es la razón por la que los días que pasamos en Periana con la burro no están en este capítulo.

Pero sí lo incluí en mi primera novela, que se publicó en el año mil novecientos noventa y nueve, y también incluí a Periana en otra novela. Sin embargo, había muchas otras cosas en mi mente. Por ejemplo, escribí varios libros sobre otro pueblo, el pueblo donde crecí. Nací en la ciudad de La Haya, mi padre era profesor allí. Cuando yo era un bebé, solicitó un trabajo como director de la escuela en Veenhuizen, un pueblo remoto en el norte de Holanda, también conocido como 'La Siberia holandesa'. El pueblo fue fundado en mil ochocientos veintitrés como una colonia donde los autoridades querían reunir a los indigentes de las grandes ciudades holandesas. En el momento que nuestra familia llegó al pueblo, las instituciones para los pobres se habían convertido en cárceles. Unos mil delincuentes condenados vivieron en cinco cárceles. La población libre también estaba formada por mil personas. El pueblo estaba cerrado para las personas que no vivían allí (...).

Durante la caminata con Sevillana, vivimos en la ciudad de Utrera nuestra segunda Semana Santa. Compré un periódico y en ese periódico leí sobre Málaga, sobre una tradición extraña: la liberación de un criminal por un cierto Jesús el Rico. Pero ¿de qué tradición se trataba? ¿Tenía lugar ese acontecimiento todos los años? Recorté el artículo y lo guardé bien (...). ¡Estaba tan intrigada cuando descubrí la tradición málagueña de liberar a un preso! Pensé: quiero saber lo más posible sobre eso.

Bueno, la vida no va siempre en una dirección recta. Publiqué mi primera novela, publiqué más novelas, Jaime (Jaap) y yo viajamos a menudo a Rumania para visitar a los rumanos y vivir con ellos. También fui a los Estados Unidos para escribir otro libro de no ficción. Sí, volví a España, pero principalmente a Nerja, donde nos escondimos en un apartamento para trabajar en tranquilidad.

Durante nuestras visitas a Nerja, vi que Málaga estaba cambiando.... La ciudad se había vuelto más atractiva, más bella. En el año dos mil catorce decidí: es ahora o nunca. Ahora tengo que ir a Málaga y vivir allí. En fin debo investigar la tradición de la liberación del detenido. En el día de año nuevo de dos mil

quince tomamos el avión y logramos alquilar un piso modesto en la Plaza de los Cristos, una plaza bastante nueva al lado de Calle Ollerías. Nos alojamos por quince meses allí. En la cofradía de Jesús El Rico me recibieron y respondieron a mis preguntas. Leí diario Sur todos los días, anduve en bicicleta, y por supuesto visité a Jesús El Rico y a la Virgen en la iglesia de Santiago, aunque mis padres eran protestantes y yo no soy creyente.

Dos veces, en dos mil quince y dos mil dieciseis, pude asistir a la Semana Santa en Málaga. Leeré algunas de mis impresiones. En una página digo: (pag. 211) "Se podría decir que la Semana Santa era la Pasión según San Mateo para los andaluces, una cultura tridimensional de la impotencia humana, de la arbitrariedad de la suerte, constituía su propia manera de sobrellevar la existencia y de soportar, junto con otros, el sufrimiento inevitable. Aquello que en el norte de Europa estaba concebido por Bach en notas musicales y se había hecho universal, se representaba aquí en la calle y se vivía conjuntamente. (...) Tal como los coros de Bach de aficionados plasmaban juntos algo



Asistentes a la presentación. Jaap de Ruig

grandioso, la gente aquí realizaba algo por el estilo en las calles de la ciudad".

Y en otra página digo: (pag. 255)

"(...) Pensé que la Semana Santa era la columna vertebral de la ciudad, el tejido que mantenía todo unido. (...) Ver procesiones era una manera de olvidar los problemas y de enfocar la atención en algo más grandioso. Como visitante tenías que dejar que la Semana Santa te inundara, día tras día tenías que asimilar cada una de las creaciones de este inmenso proyecto de colaboración, podías imbuirte cada vez por algo nuevo. Podías llamar la Semana Santa, esta Semana Santa, la Semana Santa de Málaga, una gran exposición viviente de reflexión; una obra de arte compleja

que te abrumaba, por la que te movías asombrada y de la que, finalmente, salías un poco diferente a como habías entrado”.

Pues, esto no es todo. Uno de los últimos capítulos del libro, se llama ‘Dos burritos’.

“(…) Ahora, que estaba comenzando nuestra segunda primavera en España y hacía ya una temperatura muy agradable, empezaba a soñar cada vez más con animales. Y también cuando no dormíamos, empezamos a sentir los dos cada vez más la necesidad de ver y tocar animales. (...) Incluso habíamos comprado dos pequeños burros de plástico, que estaban expuestos en la mesa del salón. No sabíamos quién de nosotros había empezado, pero la posición de esos dos burros tenía algún significado. Si había surgido un desacuerdo entre nosotros, los burritos cambiaban, cada uno a un extremo de la mesa, y últimamente estaban siempre mirando hacia afuera, muy juntos. Los dos sabíamos qué querían, adónde querían ir, pero aún no nos atrevíamos, temíamos sufrir una desilusión”.

Por fin lo hicimos. Los autobuses tenían un horario poco conveniente, por eso habíamos alquilado un coche con el que nos dirigimos a Periana, al pueblo donde un día conocimos Andalucía.

Bueno, no puedo leer todo, no quiero estropear el placer de las personas a las que les gusta leerlo, pero para terminar esta lectura leeré varios párrafos más.

“Por un lado, teníamos miedo de todos los cambios que se habrían producido; por otro lado, teníamos la vaga esperanza de que aún hubiera gente que se acordara de nosotros. (...)”

Me temía que Periana hubiera cambiado. Seguro que hoy en día veríamos los peores excesos del turismo en Periana. En realidad, ¿quería saber todo eso? ¿Ya no habría ni un habitante autóctono que mostrara interés por nosotros? Igualmente, también nosotros nos habíamos hecho mayores. Con nuestra actual edad, ya nadie se esforzaba así por las buenas por alguien; la ternura gratuita había desaparecido. Algo lo había sustituido: ahora recibíamos respeto gratuito. (...)”

Periana seguía estando aislada, pero menos de lo que yo experimentaba antaño. En aquel tiempo poca gente del pueblo tenía un coche, pero ahora pasaba de vez en cuando uno y los ocupantes nos miraban con curiosidad: ¿quiénes serían? No tenían ni idea de que yo pensaba lo mismo de ellos. Nuestros amigos más queridos de Periana, el panadero melancólico y

sus dos hermanas, con su horno parecido a una cueva, cuyo combustible consistía en cáscaras de almendras, sin duda estarían muertos, pero —lo pensaba por enésima vez— ¿habría gente más joven que nos reconocería?

Probablemente todo será una gran desilusión, me dije a mi misma para autoprotegerme y subí otra vez al coche, un Polo negro.

Al lado de la carretera había una nave que no recordaba. Después vi algo parecido a un mirador oficial con paneles explicativos y a continuación ya entramos en Periana. Mi primera impresión fue: este es un oasis adonde llegas después de haberte desplazado por un paisaje seco y árido, un lugar de donde nunca



Dedicatoria de los libros

quieres salir después de haber llegado. (...)”

Delante de unos cuantos bares, (...) había gente sentada en mesas colocadas en la acera, lo que producía un aspecto mundano. En la fachada de una farmacia colgaba una máquina expendedora de preservativos. (...) En la pudorosa Periana, donde nosotros ni siquiera podíamos andar cogidos de la mano, ¡colgaba una máquina de preservativos!”.

Eso es. Me siento privilegiada de estar aquí. Sigo viva, sigo junto con Jaap/Jaime. Periana está prosperando, no veo los excesos turísticos que temía. Me gustaría dar las gracias a todos los que nos ayudaron y que nos siguen ayudando, como María Victoria, como Encarni de la Frutería, como Antonio, quien dirige el horno de su tío hoy en día, y su querida madre Anita, que, gracias a Dios, sigue viva. Gracias, Papelería Arco Iris, gracias revista Almazara. Gracias Periana.